

**DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO (B)**  
**Homilía del P. Bonifaci M. Tordera, monje de Montserrat**  
**18 de enero de 2009**

Lo que movió a los dos discípulos de Juan a seguir a Jesús, fue el testimonio de su maestro "Éste es el Cordero de Dios". Es evidente que este título anuncia quién es Jesús, pero a la luz de los acontecimientos futuros: el Cordero de Isaías que "no abre la boca delante de los que lo esquilan" que "vive, degollado, pero triunfante, ante el trono de Dios", del Apocalipsis. Y es Jesús el primero de preguntar ¿"qué buscáis"? ya que según qué queráis no os lo podría dar en absoluto. Yo tengo una misión de parte de Padre y es eso lo que ofrezco. Ellos lo reconocen como "maestro" y le preguntan dónde vive. Ésta sí es una respuesta adecuada, ya que significa que quieren tener convivencia de discípulos con él, al cual les interesa conocerlo personalmente. Lo buscan personalmente a él. La respuesta de Jesús es muy sencilla: "venid y lo veréis". Se trata de tejer relaciones cordiales, íntimas, comunicarse vivencias personales, compartir la misma vida. "Ver", pues, no significa mirar curiosamente, contemplar una escena, sino tener un conocimiento de amistad, en profundidad. "Y se quedaron con él aquel día". El evangelista no nos dice de qué hablaron ni qué descubrieron en Jesús, sólo que "estuvieron con él". ¿Basta eso? Pues sí. Jesús los introdujo en su vida, los acogió amistosamente, y ellos quedaron conquistados, fascinados por su persona, y de tal manera convencidos, que no pudieron guardarse su convicción y la comunicaron a Pedro primero, luego a Felipe y finalmente a Natanael. ¡Qué no pagaríamos nosotros para tener una relación de convivencia como la que tuvieron los dos discípulos con Jesús! Por lo que dicen a Pedro: "hemos encontrado al Mesías", deducimos la experiencia: descubrieron al Salvador esperado, al liberador de Israel. La personalidad de Jesús también se revela maravillosa al ver a Simón y anunciarle que será Piedra, khefas, roca firme de su comunidad. Estos relatos son muy sintéticos, pero nos revelan lo que los otros Evangelios nos explican con más detalles.

¿Qué nos dicen a nosotros creyentes del s. XXI? En primer lugar que el primer paso de la fe nos viene de fuera, de alguien que nos inicie como a Samuel, que necesitó que alguien le dijera de quién era la voz que lo llamaba. Y como la voz del Bautista que señala el Cordero de Dios. Con todo, hace falta que en aquél que escucha haya antes un interés, una búsqueda, un deseo, una inquietud. Y es eso lo que constatamos en estos llamados. Después hace falta, además, que uno se ponga en disposición incondicional, en una actitud obediente, acogedora de la voluntad de Dios. Y es eso lo que vemos también en los dos discípulos y en Samuel.

Pero quiero remarcar aún que, para creer de verdad y en profundidad, hay que entrar en relación íntima y personal con Cristo. No basta saber quién es él, qué ha hecho y cuál es su mensaje. Él nos dice "¿qué buscáis?. Venid y quedaos conmigo". Sin embargo, ¿eso es posible hoy, 2000 años después?

Sí que es posible. ¿No nos lo dice el discípulo amado, el que ha tocado con sus manos al Verbo de la vida, y que nos lo anuncia para que tengamos comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo? Y es que Jesucristo no está muerto, sino que vive y está con nosotros hasta el fin del mundo. Por eso nos dice que "el que no permanece en mí no tiene vida eterna". Y que hace falta "comer su carne y beber su sangre para estar en él y él en nosotros".

La fe, pues, es esta permanencia de Dios en nosotros y de nosotros en Dios. ¿Es posible experimentarlo eso?. Ciertamente. Los santos son la prueba. Y tantos cristianos anónimos que han tenido o tienen, aun de forma pasajera, esta experiencia. Quizás hasta nosotros mismos, sin ser demasiado conscientes. En todo caso hay que

poner todo el interés en poder hacer esta experiencia, ya que eso es lo que Jesucristo nos ha prometido. Y después la vida tiene otro color, otra dimensión y se abre a nuevos horizontes. (Tener fe, con todo, no exige tener esta experiencia.)

Ahora bien, eso tiene unas exigencias. Como S. Pablo nos lo recordaba en la carta en los Corintios, "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? El que se une al Señor es un espíritu con él. Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. El habita en vosotros porque lo habéis recibido de Dios. No os poseéis en propiedad, porque os han comprado pagando un precio por vosotros". Hace falta pues, estar a la altura del "precio con que hemos sido comprados y glorificar a Dios con nuestro cuerpo". Los cristianos estamos unidos a Cristo, quiere decir que hay una donación mutua de amor, no una posesión egoísta. Tal como Cristo ama a la Iglesia y la Iglesia ama a Cristo en donación mutua perfecta, así hace falta que haya una mortificación, una muerte a nosotros mismos, un vivir sólo para Cristo. Quiere decir también llegar a corresponder con amor al amor de Cristo que se entregó por nosotros. ¿Quién de nosotros se negará a dárselo?